

darse de ella, pero que cuando la vió cerca pensó de otro modo, haciendo que se celebrara el santo sacrificio de la misa en su mismo aposento, espirando en el mismo instante en que hacía un supremo esfuerzo para incorporarse en su cama en el acto de la elevación de la sagrada Hostia, habia dicho un día hablando de religion: «El orgullo es lo que aparta al hombre de los caminos comunes, que le hace abrazar novedades, prefiriendo ser jefe de una turba errante y descaminada enseñando el error y la mentira, á ser discípulo de la escuela de la verdad.» Tambien escribió la condenación de todas las sectas con estas frases: «En materia de religion es preciso atenerse á los que son establecidos jefes de doctrina y que tienen una autoridad legitima, y no á los más sábios y á los más hábiles: *En matière de religion il faut s'attacher à ceux qui sont établis juges de la doctrine, et qui ont une autorité légitime, non pas aux plus savans et aux plus habiles.*»

Lutero pudo ser sabio ó hábil, pero carecia de autoridad, y nadie con sano criterio debió atenerse á su enseñanza. Ese amigo de Satanás (derecho nos dá á llamarle así su relacion de conferencias con él) con su malhadada Reforma, hija de su orgullo, produjo la incredulidad que desde fines del siglo xvii, y en mayor escala desde los últimos años del xix, ha hecho tantos estragos en Europa.

No extrañe el lector que tanto nos vayamos deteniendo al hablar del protestantismo, y que ampliemos del modo que lo vamos haciendo cuanto sobre esta secta escribimos en las ocasiones ya citadas. Téngase en cuenta que la batalla que el protestantismo dió á la Iglesia fué la últi-

ma presentada á esta Esposa inmaculada del Cordero, porque hijos de ella son todas las que luego se han presentado; y tambien que á contar desde la revolucion que en 1868 conmovió el edificio social en nuestra España, el protestantismo ha hecho desesperados esfuerzos por adquirir carta de naturaleza entre nosotros, lo que no ha podido conseguir. En España no hay más que católicos ó indiferentes, y los primeros están en mayoría. El protestantismo no ha adelantado un paso, lo que no podemos decir por desgracia del indiferentismo religioso. Sin embargo, estamos en el deber de presentar á la secta luterana tal cual es para desilusionar al incauto que pueda haber prestado alguna atención á los apóstoles de aquel error que pululan por nuestra España, y que establecen sus comercios de Biblias mutiladas en todas nuestras ferias, y allí donde por cualquier motivo hay aglomeración de gentes.

CAPÍTULO IV.

Discípulos de Lutero.—Es declarado hereje.—Vanos esfuerzos de Leon X para atraerle á buen camino.

Ya sabemos que Martín Lutero sostuvo conclusiones públicas en la universidad de Wittemberg, en las que desarrolló sus falsos principios. Existían en aquel centro del saber humano hombres eminentes en las ciencias, profundos teólogos que no podían con facilidad ser sorprendidos por novedades en materias de doctrina. Sin embargo de esto, ninguno de aquellos doctores se levantó para refutar sus argumentos y salir en defensa de los ultrajados derechos de la verdad. Es esto una cosa verdaderamente incomprensible. ¿Se creían tal vez con respecto á ciencias inferiores al reformador y temerían por esta causa luchar con él? ¿O tal vez enorgullecidos por su misma ciencia se encontrarían flacos en la fe? Ello es que Lutero en vez de contrarios encontró amigos y compañeros, que le felicitaban, ponderando sus talentos y demostrándose inclinados á seguir sus huellas, secundando aquellas novedades que tantos

días de luto habían de proporcionar á la Iglesia, y que tan gran número de almas habían de arrastrar al abismo de la impiedad.

El primer discípulo del apóstata y el más notable entre todos ellos fué Melanchton, que era profesor de lengua griega en la misma universidad de Wittemberg. La amistad ó sociedad de Melanchton con Lutero pareció muy extraña á cuantos conocían y trataban á ambos profesores, por la diferencia de carácter y de costumbres que existía entre los dos. Melanchton era de un carácter dulce y moderado, amigo de la paz, y hasta entonces no se había mostrado hostil á ningún dogma católico. Esto no obstante, se dejó seducir por la elocuencia y los bien presentados sofismas del reformador. Le aplaudió, y no tardó en constituirse su discípulo. La chispa arrojada por Lutero en la universidad de Wittemberg se convirtió en poco tiempo en devorador incendio destinado á reducir á cenizas la fe católica en toda la Alemania.

Poco tiempo hacia que Lutero se había convertido en adalid de los errores, cuando también se unió á él para secundarle en sus principios su amigo Carlostadio, canónigo y arcediano de la catedral de Wittemberg, el cual se separó del reformador para impugnar con el mayor descaro el sacramento de la Eucaristía, á lo que todavía no había llegado el escandaloso apóstata de la orden de san Agustín. ¡Qué espectáculo tan desconsolador el que presentaba ya por aquellos días la Iglesia de Alemania, en la que Lutero abrió las puertas á todas las herejías! Desde que él dió tan funesto ejemplo se repitieron con una celeridad espantosa las apos-

tasias. Aquellos que más habian brillado por su ortodoxia dieron al traste con la fé católica para hacerse predicadores de las más absurdas doctrinas. A Carlostadio se unió Zuínglio, cura párroco de Zurich, el cual, según demostramos en el artículo que le hemos dedicado, fué incansable en propagar la herejía contra el sacramento adorable de la Eucaristía, enseñando que en él no se halla real y verdaderamente el cuerpo de Jesucristo sino tan solamente en figura. Esta herejía que heria en lo más vivo los sentimientos católicos, pues se dirigia á destruir el más consolador de nuestros dogmas, el más admirable de los prodigios del poder triunfante, encontró también un gran número de seguidores. Siempre ha sucedido que las novedades en materias de religion han sido aceptadas donde quiera que se han presentado, no solamente por el vulgo ignorante, por los hombres iliteratos que carecen de buen criterio para juzgar las cosas, sino aun por varones entendidos que no se toman el trabajo de examinarlas en el crisol de una razonada crítica, y de estos ejemplos pudiéramos citar algunos de la misma época en que escribimos. Se comprende, porque las novedades en materias de religion se presentan siempre de modo que halaguen las pasiones, y los hombres que no se avienen con la mejor voluntad á la rigidez de la moral evangélica son por lo comun materia dispuesta para la apostasia. Si Lutero en vez de apostatar, rompiendo sus votos monásticos para entregarse á los placeres de una vida sensual; si en vez de proclamar el falso principio de la justificación por solo la fé inutilizando las buenas obras, doctrina muy cómoda para entregarse á toda clase de excesos

sin temor á responsabilidad de ninguna clase, hubiese enseñado una moral aun más rigida que la del Evangelio, y cuenta que esta reputa por pecado aun el mismo deseo consentido de pecar, que era necesario que el hombre para ser buen cristiano huyese de toda clase de diversiones aun las más lícitas; si dirigiéndose á los monjes les hubiese enseñado que para el exacto cumplimiento de sus deberes debian observar un perpétuo silencio y un ayuno no interrumpido, y que debian abstenerse de toda clase de lectura que no fuese la Sagrada Escritura, las obras de los santos Padres ó de los escritores ascéticos, bien puede asegurarse que ni habria recibido aplausos ni encontrado discípulos: eclesiásticos y seglares no reconociendo en él mision legítima para reformar hubiesen dicho: «Sabemos á qué nos debemos atener en punto á observancia de nuestros deberes. Pero como quiera que su enseñanza permitia los excesos que el Evangelio condena, de aquí el que con facilidad encontrase entusiastas encomiadores y discípulos. Otro de los que imitaron su fatal ejemplo de apostasia fué un fraile que ejercia entonces el cargo parroquial en Basilea, llamado Ecolampadio, del que á su tiempo nos hemos ocupado, el cual se hizo compañero y cooperador de Zuínglio; pero entre todos los que fueron por Lutero arrastrados al campo de la herejía, merece especial mencion Calvino, muy jóven entonces, que no entendia una palabra de teología, pero que sin embargo se constituyó en su más constante cooperador.

Las tesis de Lutero se difundian con rapidez merced al desarrollo del arte de la imprenta, y eran leídas en todas partes, abriéndose un vasto campo á la polémica que tras-

pasando los límites naturales hacia que se pusiese en duda lo potestad del papa y hasta su misma autoridad en materias de fé.

El apóstata caminó de extravió en extravió: no pensó más que en fabricar nuevos errores, en arruinar la autoridad del papa, de los concilios, de los santos Padres y de toda la tradición, hasta no reconocer por fin más juez que la palabra de Dios, bastante luminosa, decía, y que los papas solo procuran corromperla, á fin de establecer su dominación tiránica sobre el sentido que quieren darle.

No ha habido herejía que dé más que hacer á la Iglesia de Jesucristo. Verdad es que el arrianismo tuvo proporciones colosales, pero al fin pudo verse terminado, sin que haya vuelto á resucitar, si bien después de haber causado inmensos estragos. El protestantismo, que es la mayor aberración de la inteligencia humana, no solamente ha sujetado á él pueblos y naciones, sino que al mismo tiempo ha servido de base y origen á todas las revoluciones sociales que han tenido lugar desde el siglo xvi hasta el presente. Tal fué la obra de un miserable apóstata, de un religioso inmoral dejado aprisionar por el demonio de la soberbia. ¡ Pueden gloriarse los protestantes con la vida escandalosa y los hechos innegables del patriarca de la Reforma! Reanudemos el hilo de su apostasía.

Era llegada la hora de obrar con energía, y el cardenal publicó un edicto declarando hereje á Lutero y por lo tanto fuera del gremio de la Iglesia: sin embargo, queriendo agotar hasta los últimos recursos de su caridad, tuvo una larga conferencia con Wenceslao Linck y con Stampitz, á

los cuales rogó en nombre de Jesucristo y de su Vicario en la tierra, en nombre de la Iglesia y de la paz de la Sajonia que trabajasen cuanto les fuese posible cerca de Lutero á fin de inclinar su ánimo á la retractación promoviendo su regreso al seno de la fé católica.

A instancias, pues de aquellos amigos suyos se movió á escribir otra carta al cardenal: en ella manifestaba su arrepentimiento y confesaba sus insolencias contra el jefe supremo de la Iglesia; pero como siempre se resistía á la retractación, ofreciendo sujetar este asunto á la decisión del papa y de la Iglesia.

Por de pronto pudo el cardenal concebir alguna lisonjera esperanza; pero esta se disipó bien pronto, á vista de la apelación de Lutero á Leon X que apareció fijada en las paredes de la catedral y del convento de carmelitas. Hé aquí lo que acerca de esto dice el baron de Henrion: «Se ha vituperado la conducta del cardenal Cayetano, y diferentes censores le acusan de dureza ó á lo ménos de sequedad con Lutero. Habría podido, dicen, sofocar al luteranismo en su nacimiento, y prevenir sus consecuencias eternamente deplorables, ateniéndose á la profesión que hacia Lutero de someterse al juicio de la Iglesia romana. Trasladadas luego al pontífice las razones que proponía el novador en defensa de sus aserciones, se habria entre tanto impuesto silencio á los partidos, como él mismo lo pedía, hasta que el papa hubiese terminado la diferencia por una sentencia definitiva. Reconociendo todavía el elector de Sajonia, la universidad de Wittemberg y toda la Alemania la autoridad de la cabeza de la Iglesia, Lutero que protestaba tan solemnemente

reconocerla tambien, no habria podido dispensarse á ella, pues de otra suerte hubiera sido abandonado de todos como un seductor y un impostor. Así raciocinan estos observadores tardíos y vanos, que ven todos los males cuando ya son irreparables, y ante cuyo tribunal no hay hombre alguno constituido en ministerio que no sea culpable, á lo ménos de imprudencia, sobre todo cuando se trata de defender la religion. ¿No es, por el contrario, mucho más verosímil que de cualquier manera que se hubiese procedido con el seductor de la Germania, nada hubiera contenido su temeridad indómita? El carácter de los hombres es casi únicamente el que determina esta suerte de acontecimientos: la suerte está echada, por decirlo así, luego que nacen perturbadores de cierto género. ¡Desgraciados los lugares y tiempos en que el cielo los permite para que se cumpla el oráculo evangélico sobre la necesidad del escándalo!»

La idea constante de Lutero era ganar tiempo con el objeto de hacer prosélitos. Así de apelacion en apelacion va dejando correr los meses sin dejar por eso de continuar en la enseñanza de sus perversas doctrinas aumentándolas cada día con nuevos errores.

El papa Leon X que antes que tomar severas medidas se habia propuesto arreglarlo todo amistosamente, se valió para ello del canónigo Carlos de Miltitz, noble del imperio, al cual comisionó para entregar á Federico de Sajonia la rosa de oro, esperando que tanto el uno como el otro harían lo posible para alcanzar la sumision del novador. El canónigo habló detenidamente con él sin conseguir nada; pero Lutero accediendo á sus ruegos escribió al papa en los tér-

minos siguientes: «Mucho me duele vuestra cólera, ¡oh Padre! pero no veo medio de sustraerme á ella; retractaría de buen grado mis tesis si esto bastara al objeto; pero habiéndose extendido mis escritos y hecho más impresion de la que yo esperaba, gracias á sus refutaciones, ninguna retractacion seria suficiente á destruirlos. De aquellos contra quienes me he levantado, nace este mal; pongo á Dios por testigo y á todas las criaturas, que nunca ha sido mi intencion debilitar el poder de la Iglesia, ni el vuestro, que reconozco como superior á todos excepto el de Jesucristo. Prometo á Vuestra Santidad no ocuparme más de las indulgencias con tal que cesen mis adversarios de engreirse y de ofenderme de palabra; exhortaré al pueblo á venerar á la Iglesia romana; atemperaré la violencia con que he hablado de ella, sintiendo haberla dañado por combatir á tantos charlatanes, cuando mi único objeto era impedir que la avidez de algunos extranjeros contaminase á nuestra santa madre la Iglesia.» Al mismo tiempo publicó un escrito en el que sostenia la veneracion de los santos y la doctrina del purgatorio, demostrando que la Iglesia romana estaba santificada por numerosos mártires, que no daban motivo los abusos para separarse de ella, sino antes bien para unirse, pues sólo el amor y la union podían remediar tantos males, y diciendo que á los sabios incumbia examinar los limites del poder de la Santa Sede, ya que esto nada significaba para la salvacion (1).

Es inconcebible la inconsecuencia de Lutero en materia de doctrinas. Al mismo tiempo que escribia al papa del

(1) César Cantú: *Historia universal*, t. v, cap. xvii, Lutero.

modo que hemos visto y que publicaba el escrito del que nos acabamos de ocupar, se dirigia á sus amigos y corifeos por medio de otros escritos en los cuales sostenia todos los errores que tan funesta celebridad le habian ya dado. De todas partes acudian á él multitud de personas tanto del estado eclesiástico como del laical para consultarle sobre puntos de religion. Algunos de los primeros, entre ellos no pocos que eran teólogos, en su deseo de abrazar una vida más libre, y los segundos atraidos por novedades que les eran en extremo agradables.

CAPÍTULO V.

La Biblia abandonada al examen privado.—Es el más funesto de todos los sistemas.—Texto notable del protestante O'Callagan.—Antipatía de Lutero á la *Suma* de Santo Tomás.—Por qué encontró tantos seguidores la doctrina de Lutero.—Bula de excomunion lanzada por Leon X.—Himno de Lutero.—Reflexiones.

No podia ocurrirsele á Lutero una idea más funesta ni más á propósito para llevar á cabo sus planes contra la autoridad de la Iglesia que la de encomendar al espíritu privado la interpretacion de los libros santos. ¿Le seria esto aconsejado por su conferenciante nocturno? No lo creemos. El demonio, más sagaz que el mismo reformador, no podia dejar de conocer que este era el medio más seguro para que el protestantismo se fraccionase en mil sectas diferentes, como ha sucedido, desacreditándose por sí mismo y poniendo de relieve su falsedad.

Es la Biblia el libro de los libros, que contiene la palabra de Dios: en este libro inmortal se halla derramado un torrente de luz para el entendimiento y grandes consuelos para el corazón, pero «es altamente dañoso al espíritu so-